

La cultura política: de la identidad a la ciudadanía*

The political culture of citizen identity

*Katya Arce Rudón***

Fecha recibido: 18/03/10

Fecha aceptado: 10/05/10

Resumen

La postura de Gianni Vattimo y la lectura contrapuesta de Benjamín Arditi, son el escenario para pensar en la conformación de una cultura política construida bajo la premisa de referentes identitarios y de construcción de ciudadanía, esta última entendida como la articuladora de las diferencias.

Las visiones contrapuestas de ambos autores, nos permiten comprender los sentidos que asume hoy la política de la identidad como generadora de reconocimiento al otro, pero también de estigmatización de aquello que sea diferente a la identidad de pertenencia. A partir de este análisis buscamos una salida teórica que nos permita comprender a la cultura política como elemento articulador de las diferencias.

** Artículo de reflexión sobre la cultura política desde las posiciones de Gianni Vattimo y Benjamín Arditi.

** Boliviana. Docente de la Universidad Católica Boliviana San Pablo, con especialización en Educación Superior y Ciencia Política con mención en Estudios Bolivianos. Estudios de maestría en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política.
Correo electrónico: katya_arce@yahoo.com

Palabras clave

Posmodernismo, identidades, cultura política, ciudadanía.

Abstract

Gianni Vattimos's position and apposite reading of Benjamin Ardití are the backdrop to think in shaping political culture built concerning on the premise of identity reference and citizenship construction, the latter understood as difference articulation.

Contrasting views of both authors, allow us to understand senses that assumes today political identity as generator of the appreciation to the other, but also stigma of what is different from identity of belonging. From this analysis we seek a theoretical output that allow us to understand the political culture as an articulator of differences.

Key words

Postmodernism, identity, political culture citizenship

Introducción

Nos proponemos analizar las transformaciones de la sociedad, a la luz de la postura de Gianni Vattimo, que encuentra en la reivindicación de la diferencia, un logro para la conquista de derechos de grupos discriminados o excluidos del mundo de la política y la sociedad. Esta postura de tinte postmoderno, la contraponemos a la visión de Benjamín Ardití, quien en su texto, *“El reverso a la diferencia”* nos hace ver los peligros de una política de la identidad centrada en la oscilación de la emancipación, y en la multiplicidad de individualismos. La crítica de esta autor se centra en ver en dichas posturas, elementos que pueden llevar a la desorientación, reforzando modelos rígidos a nivel de la interacción cultural y política,

endureciendo las fronteras entre los dialectos, con el riesgo de convertirse en discursos autorreferenciales, dando lugar a posturas reaccionarias y de corte totalitario.

Partiendo de estas dos lecturas sobre la política de la identidad, trataremos de ver las posibles salidas teóricas- políticas para la construcción de una cultura política, en un escenario latinoamericano caracterizado por la revitalización de discursos de tinte izquierdista, y por la polarización de algunos discursos políticos que cierran sus filas para excluir o negar la posibilidad de concertación política.

Los aportes de la visión postmoderna a la identidad

El debate sobre la postmodernidad tiene lugar alrededor de las décadas del 70 y 80, y cuyo logro más visible es haber contribuido a crear una sensibilidad sobre el reconocimiento a las culturas diferentes. Esta postura surge a partir de una crítica realizada a ciertos relatos o grandes narrativas, (Lyotard, 1987) herencia del discurso de la modernidad. En dicho discurso se concibe el desarrollo de la historia, como camino hacia el progreso, implica que existe un fin determinado para la sociedad. En la visión postmoderna, la idea de la determinación histórica cambia, ya no se busca un centro articulador que explique el devenir de la historia, se reconoce más bien, que la historia no tiene un curso determinado sino contingente. En este escenario no es posible pensar en la existencia de culturas superiores a otras, y se afirma que lo diferente tiene valor por sí mismo. Bajo este discurso se comienza a enarbolar movimientos de emancipación que reconocen el derecho a ser diferente: indígena, mujer, homosexual, etc.

Como consecuencia programática, el discurso postmoderno genera una política de la identidad que contribuye a rescatar la dignidad de sectores y actores discriminados del poder, se empieza a reconocer la pertenencia a un grupo como forma de negociación y

acción política. La sociedad se vuelve más tolerante y la proliferación y el reconocimiento a la diferencia se ve como apertura a la emancipación. Bajo estos elementos reconocidos en la postmodernidad, se da también una lucha por impugnar algunos rasgos del discurso que reproducen subordinación por el uso de ciertos significantes ligados a valores discriminatorios.

En este escenario de reconocimiento hacia lo diferente Vattimo afirma que los *mass media* juegan un rol importante porque contribuyen a la multiplicación de visiones del mundo *weltanschauungen*, volviendo más caótica y fragmentada la circulación de imágenes desde donde nos reconocemos y actuamos. Los *mass media* nos ayudan a diseminar las imágenes del mundo que no aparecen como simples interpretaciones de la realidad sino como la propia objetividad del mundo. Es así que la realidad del mundo solo es un contexto para una multiplicidad de fabulaciones. De ahí parte la concepción de Nietzsche: “No hay hechos, sólo interpretaciones, por ello el mundo verdadero deviene en fábula” (Vattimo, 2000, p. 19).

En este ámbito impregnado por la proliferación de imágenes caóticas de los medios existiría la posibilidad de la emancipación a partir del reconocimiento de las identidades periféricas, es decir, el surgimiento de dialectos étnicos, sexuales, religiosos, etc., que ponen en circulación sus propias imágenes del mundo. Aunque este proceso de identificación está acompañado por otro fenómeno al que Vattimo denomina *extrañamiento*, que surge como efecto de la desorientación del individuo ante una realidad no estable. “Realidad, para nosotros, es más bien el resultado de entrecruzarse de contaminarse...de las múltiples imágenes interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí, o que, de cualquier manera, sin coordinación “central” alguna, distribuyen los *media*” (2000, p. 19).

Las consecuencias sociopolíticas de esta visión se dan en varios ámbitos: se remueven las fronteras haciéndolas cada vez más permeables, multiplicando los niveles de poder y subordinación, y mostrándonos un mosaico movedido de mundos culturales.

Si aceptamos que la oscilación es la condición para que muchas identidades se configuren, de ello se deriva positivamente, que las identidades se vuelvan más flexibles, existiendo una mayor libertad para escoger estilos de vida. Al mismo tiempo, se daría un arraigo dinámico de donde surge lo que Lipovetsky llama “La ética sin dolor... y la moralidad sin sacrificio” (Arditi, 2000, p. 103).

Sin embargo, este tipo de pensamiento puede traer consigo consecuencias negativas para el ser humano: la desorientación y la propia naturaleza incompleta del hombre puede volverse una experiencia inquietante en su relación con el mundo. El ser humano puede preferir vivir en un mundo más estructurado y predecible, puede adoptar por refugiarse en modelos de identidades más simples para no tener que deliberar y decidir. Esto puede que haga surgir nacionalismos más agresivos, sectas religiosas conservadoras y la aparición de líderes mesiánicos (Arditi, 2000, p.105).

Los peligros de la política de la diferencia

Podemos afirmar que la visión de Vattimo nos muestra los rasgos positivos de la postura postmoderna de la reivindicación a la diferencia; sin embargo, si nos ponemos desde el otro lado y observamos su reverso, podemos ver los riesgos que corre este optimismo por las implicaciones políticas que puede acarrear su uso.

En su texto *El reverso de la diferencia*, Arditi realiza un análisis de los peligros que implica una exaltación a la diferencia, y abre la posibilidad de realizar una lectura complementaria y a veces contrapuesta a los postulados de Vattimo. Según Arditi, la política de la identidad deja a su paso incertidumbre tanto en las decisiones como en los resultados. Se abre el peligro de que el reconocimiento a las diferencias pueda convertirse en un factor que contribuyan a crear un nuevo *apartheid*, excluyendo todo lo que sea diferente a uno.

Para Ardití, la emancipación que reclama Vattimo, como consecuencia del reconocimiento a la diferencia, no es más que uno de los rasgos de la oscilación y no como lo ve este autor, el fin de la oscilación. La emancipación, la desesperación, y la indiferencia, quedan en pie de igualdad y cualquiera puede ser el resultado de la oscilación entre el extrañamiento y la pertenencia. El peligro, nos dice Ardití, está en percibir discriminación en todo enunciado, independientemente del lugar de la enunciación y de su contexto hasta el punto en que la ironía se vuelve sospechosa. Este paso de la lógica política a la lógica moral, tiende a “talibanizar” el discurso, convirtiendo todo enunciado en sospechoso. (2000, p. 102)

Otra de las consecuencias es la pérdida de referentes estables de identificación: hombres y mujeres se convierten en nómadas que se desplazan de un ambiente a otro como resultado de la diversificación de intereses y la multiplicación de redes de pertenencia. La oscilación es el resultado de la dimensión intermitente de la intervención. En un mundo donde los compromisos fuertes y estables son cada vez menos probables, es necesario reconocer que el carácter cíclico y variable de las participaciones, pueden ocasionar relaciones intermitentes y en casos extremos la apatía absoluta.

Uno de los rasgos importantes de la izquierda, afirma Ardití ha sido legitimar el discurso de la identidad, aunque su problema es el reconocimiento tardío de los límites aceptables de la diferencia y, por otro, el endurecimiento de fronteras entre dialectos e imágenes. Este es otro peligro que ve el autor: la política de la identidad como esencialismo de los elementos, puede llevar a una exclusión de lo diferente, al endurecimiento de las fronteras grupales y a una fantasía de descripción autorreferencial donde se invalida todo lo que queda fuera de su discurso.(2000, p. 114)

Según Vattimo, nuestra mejor oportunidad de emancipación radica en la oscilación (1990, p. 72) no obstante hay que tomar en

cuenta, que la emancipación de las diferencias, no nos lleva necesariamente a una mayor tolerancia para con los otros. El esencialismo y el endurecimiento de las fronteras son obstáculos que facilitan el separatismo, creando mundos encerrados en sí mismos (Arditi, 2000, p. 116)

Para Arditi la postura de que toda diferencia es válida, conlleva el peligro de los límites. La tolerancia por fines de principio invocando la universalidad de los derechos donde nada puede ser prohibido o excluido nos lleva a la cancelación del poder. El endurecimiento de las fronteras, el separatismo y la intolerancia, son la consecuencia de defender derechos de los dialectos y el resultado de la convivencia de vivir en un mundo multicultural

Bajo este panorama, Arditi postula que una salida es recuperar la idea de ciudadanía, como contrapartida al concepto de identidad que hace referencia a un dialecto o grupo en particular (2000, 120).

La declinación de lo diferente

Parecería que la visión post-moderna de la reivindicación a la diferencia, se ha convertido en algunos círculos académicos y del ámbito político en un discurso propagandista, que ha hecho renacer los fantasmas medievales de los fundamentalismos religiosos, del subjetivismo, el esoterismo y con estos espectros de la mano, ha llegado a encontrar espacios de validación en partidos tradicionales y dirigentes hasta ayer revolucionarios, que no tardaron en cambiar su discurso por otro que se acomode mejor al discurso de la tolerancia y el respeto a las diferencias culturales.

(...) comenzaron a delirar y a renegar y a sustituir y a conceder y a contemporizar con toda la escoria resultante de los altos hornos donde se cocinaban la *perestroika* y el *glasnost*, en esa 'feria de las vanidades' donde se llamó 'transparencia' a la sombría viscosidad y la escoria pretendió disfrazarse de acero inoxidable ante la vista de los incrédulos del mundo. (Camelo, 2001 p. 9)

La caracterización que hace Vattimo de la sociedad post-moderna, es la imagen de una sociedad donde existiría la capacidad suficiente para resolver o al menos, minimizar los cuestionamientos planteados por Ardití: una sociedad con la capacidad de reestructurar sus relaciones sociales sin que se desarrollen sistemas de exclusión o de encierro en cierto tipo de referentes identitarios. Una sociedad además, donde la participación de sus actores se daría en términos de igualdad de oportunidades en las relaciones de poder sin ocasionar fracturas que deterioren dichas relaciones.

Sin embargo, vivir con el reconocimiento a las diferencias, implica manejar otro tipo de razonamiento y ubicarnos en otro escenario discursivo. Ligado a aspectos que involucran diferentes tipos de culturas, lenguajes, e identidades, así como al reconocimiento y respeto del otro como distinto a uno. Es así que los peligros que ve Ardití no solo se circunscriben a sociedades culturalmente conflictivas sino, a sociedades donde no se tienen resueltos problemas de representación política relacionadas a la imposibilidad de encontrar salidas con características hegemónicas en el ejercicio del poder .

El peligro de las identidades colectivas

Las identidades colectivas entendidas como conjunto de rasgos que permiten una identificación compartida: mujeres, hombres, indígenas, homosexuales, o como cualquier otro grupo, son habitualmente percibidas como formas de fortalecimiento social, ya que proporcionan un sentido de pertenencia. Sin embargo, la pertenencia a una identidad colectiva conlleva el peligro de crear nuevas fronteras tanto desde «dentro» como de «fuera» a partir de su relación con otros sectores de la sociedad. Estas formas de identificación, trae consigo formas de comportamiento que limitan la libertad de ser y de hacer de las personas. El no poder decidir como individuo deteriora la capacidad de ejercer los derechos individuales De este

modo, la identidad no siempre fortalece el sentido de pertenencia a la sociedad sino que su identificación con el grupo puede estigmatizar todo aquello que es diferente, e incluso puede amenazar la vida de los pueblos como muestran los ataques nacionalistas y homofóbicos.

Considero que las identidades colectivas (ya estén basadas en la etnia, el género o la nación) no son en ningún modo «naturales»; todas ellas son construcciones sociales. Esto no quiere decir que no existan o que no ejerzan influencia en nuestras vidas. Pero sí significa que nosotros jugamos un papel activo también en nuestra identidad colectiva, estabilizándola o de construyéndola (Speck, 2000,s.p.)

La pertenencia a ciertas identidades pueden convertirse en atributos de poder y no de liberación “Como norma les roba su potencial de diversidad de comportamientos, les hace esclavos de su norma” (Speck 2000,s.p.). El principio de exclusión es inherente a la identidad colectiva, dentro de las identidades también se construyen normas que limitan la inclusión, pero, ¿será que siempre tengo que tomar una posición? ¿Dónde queda la libertad de elección individual? Parece que las identidades y el reconocernos como pertenecientes a una de ellas, limitan nuestra acción y nos estigmatiza a ciertos rasgos, no solo desde adentro sino también desde afuera, es decir, de cómo nos perciben los demás y qué esperan de nosotros. Las construcciones sociales de la norma nos ligan a comportamientos.

La oscilación entre reconocimiento y extrañamiento está en la capacidad de poder elegir sin presiones, de lo contrario, la definición de identidades no estaría tanto en el reconocimiento que haga el sujeto de la misma, sino en lo que establece la norma y sobre todo, en la presión que ejercite la sociedad.

Las identidades colectivas de grupos marginados, oprimidos, también son ambivalentes. Invocar la identidad política tiende a sobrevalorar este aspecto del fortalecimiento, partiendo desde una conciencia colectiva de opresión e intentando redirigir la identidad

hacia un camino positivo. Aunque este es un aspecto importante, el principio de exclusión es inherente a esta identidad colectiva. Los marginados también están construyendo normas y por lo tanto, limitando la inclusión.

La cultura política como aglutinadora de la política de la diferencia

Reconocemos que identificar las limitaciones de la política de la diferencia no es negarla ni desconocer los logros que ha tenido en la legitimación de ciertos derechos de sectores excluidos por las esferas de poder; también es cierto que los peligros que contiene son visibles en todo tipo de sociedades y por razones distintas: para unas, es por tratar de llevar la política al lado de la moral y de fundamentalismos religiosos, o de otro tipo; para otras, es por la multiplicación de compromisos, la diversificación de intereses, que no permite obligaciones estables y duraderas. Todo ello puede desembocar en una política del trasfuguismo y del oportunismo político, muy visible en los políticos latinoamericanos y también, en el comportamiento partidario de la ciudadanía en general.

Si entendemos como cultura política el resultado del comportamiento y valores de los políticos y de los ciudadanos en la vida nacional, -en su calidad de seres políticos-, el resultado nos puede llevar al ejercicio de manifestaciones más o menos democráticas dependiendo del accionar de los diversos actores, y de la internalización y ejercicio de los derechos ciudadanos.

¿Cuáles con las principales manifestaciones de la cultura política democrática? Son: la tolerancia a la disidencia política, la negociación como solución de las controversias, el respeto al derecho de los demás, el reconocimiento del voto popular como única vía de acceso al poder político, el pluralismo político, la equidad en las relaciones políticas, económicas, sociales y de género, la visión de nación por encima de intereses particulares.

¿Cuáles son las principales manifestaciones de la cultura política no democrática? Son: las exclusiones, las confrontaciones, la intolerancia, la baja capacidad de negociación, la violencia política antepuesta a la negociación, la visión suma cero del poder de que el que gana, gana todo y el que pierde, pierde todo, el caudillismo y el cacicazgo, el hegemonismo el cortoplacismo y el centralismo. (Delgado, 2007, p.12)

Si retomamos esta definición, nos damos cuenta que son las características no democráticas de la cultura política las que predominan en el accionar político de varias democracias latinoamericanas: la aparición de figuras caudillistas que enarbolan un discurso plagado de intolerancia y confrontación, la poca capacidad de negociación, la negación; e incluso la aniquilación del adversario político, la confrontación y a veces censura hacia los medios de comunicación son algunas de las expresiones antidemocráticas de las élites políticas.

Una posible salida democrática es la construcción de una cultura política a partir del fortalecimiento de la ciudadanía donde se pueda ejercer y reclamar los derechos, no solo a partir de la identidad de referencia, -cuyo peligro es la negación o al menos, la sospecha de todo aquello que sea diferente a uno, no es digno de confianza-, sino a partir del reconocimiento de una ciudadanía que tienda a la consolidación de los derechos en su relación con el Estado y dentro de diferentes espacios del ámbito público y privado.

La cultura política de una sociedad está ligada a algo que menciona Arditi el reconocimiento a la ciudadanía como factor de aglomeración de distintas identidades (2000, p. 120). Nosotros sumaríamos que mediante la ciudadanía se puede ir fortificando una cultura política democrática que internalice las diferencias grupales, en un marco de representación legítima.

Conclusiones

Los procesos de identidad colectiva se han complejizado, debido, entre otras cosas, a la creciente globalización cultural del planeta. Emergen proyectos y demandas que no se basan en una posición contractual colectiva sobre mercancías o mercados de trabajo (como los partidos de clases tradicionales), sino que su organización y acción consiste en la búsqueda de identidades colectivas (de edad, género, “nación” o etnia). Pero el reconocimiento de estas diferencias en la esfera pública, no siempre les ha llevado a ampliar el margen de representación frente al Estado pues, muchas de ellas siguen marginadas de la agenda de prioridades. Otras en cambio, han logrado su visibilidad y reconocimiento consolidándose a partir de discursos autorreferenciales que niegan la apertura y el diálogo entre diferentes. Muchas, no están buscando su representación sino su autonomía.

En este panorama, es importante encontrar referentes comunes para construir sentidos de pertenencia a una comunidad general. La construcción de referentes compartidos se constituye en una de las salidas para consolidar y respetar los derechos individuales y sociales de las personas en su calidad de ciudadanos. El reconocimiento de la diferencia puede haber sido un paso para que el Estado reconozca a identidades marginadas y excluidas, poniendo en el tapete de discusión temáticas que hacen a su fortalecimiento, sin embargo la construcción de ciudadanía puede permitirnos encontrar referentes compartidos que vayan más allá de los requerimientos de las identidades colectivas varias, en búsqueda de intereses particulares que van en desmedro de los derechos de otros grupos sociales. El peligro de confrontación esta siempre latente por el discurso autorreferencial, que pueden llegar a tener fruto de lecturas segmentadas y puntos de vista particulares. La construcción de ciudadanía puede fortalecer la integración de las identidades a partir de referentes compartidos que nos lleven a construir gobernabilidad democrática.

Referencias

- Arditi B. (ed.) (2000). *El reverso de la diferencia: identidad y política*. Caracas: Nueva sociedad.
- Arditi B. (1997) *La impureza de los universales en Revista Internacional de Filosofía Política*. Nº 10
- Camelo, A. (2000). Génesis y apoteosis del postmodernismo. Artículo en línea disponible en: www.deslinde.org.co/.../ Recuperado: Enero de 2010
- Delgado R. (2007). La gobernabilidad democrática en Nicaragua: Principales desafíos. Managua. IEN.
- Lyotard J.F. La condición postmoderna. Informe sobre el saber. Buenos Aires, Editorial R.E.I.
- Speck, A. (2000) *Identidades colectivas: trampas o instrumento para el fortalecimiento*. Artículo en línea disponible en www.andreasspeck.info/?q=es/node/22 Recuperado: Enero de 2010
- Vattimo, Gianni (1990) *La sociedad transparente*. Barcelona, Paidós.
- Vattimo, Gianni (2000). *Postmoderno ¿Una sociedad transparente? en El reverso de la diferencia: identidad y política*. Caracas: Nueva sociedad.